

14 de junio de 2015, domingo

La trainera cortaba limpiamente la lámina de agua. Cada golpe de remo la acercaba más a una línea de meta iluminada por potentes focos que se perdían en el cielo negro. El puente de Deusto marcaba un antes y un después en la regata. Los muelles, vacíos y silenciosos, se llenaron de pronto de miles de espectadores que las jaleaban a su paso. Leire no sabía si los ánimos eran para ellas o para la embarcación rosa con la que se disputaban el triunfo. Tanto daba. Sus gritos y aplausos resonaban en la ría y lograban que el remo pesase menos.

No podía más. Hacía apenas unas semanas que había vuelto a remar tras casi dos años en el dique seco y su forma física no era aún la que se esperaba de una remera de primer nivel. Sacando fuerzas de flaqueza, y soportando en los brazos el dolor del agotamiento, continuó clavando el remo en el agua y bogando al ritmo infernal que seguían sus compañeras de tripulación. Un error, una pérdida de fuelle, amenazaría la coordinación del resto y echaría por tierra las posibilidades de victoria de la trainera negra de Hibaika. Solo San Juan le iba a la zaga. Las demás hacía tiempo que habían quedado atrás.

—¡Vamos, solo un poco más! ¡La bandera es nuestra! —La patrona las azuzaba desde la popa. La Nocturna de Bilbao no era una regata cualquiera. Pese a ser nueva en el circuito y carecer del prestigio de otras carreras, su impacto publicitario era inmenso. La ría conseguía llevar al corazón de la ciudad una competición que habitualmente se disputaba en mar abierto y eso se traducía en decenas de miles de espectadores en directo y muchos minutos en la televisión.

Dejando atrás la Universidad de Deusto y el Guggenheim, la trainera entró de lleno en la recta final. Los paseos junto al Nervión se encontraban a rebosar y el griterío resultaba cada vez más ensordecedor.

—¡Nos adelantamos! ¡Vamos! —se desgañitaba la patrona luchando por hacerse oír por encima del vocerío que llegaba desde las orillas—. ¡Solo un poco más!

Leire vio sobre ella las formas gráciles del Zubizuri y sintió la emoción de quien sabe que enfila el último tramo. Le dolían los brazos. Era como si con cada palada le clavaran alfileres al rojo vivo. Un poco más. Solo un poco más. No podía permitir que sus antiguas compañeras le ganaran en su regreso a la competición. Desde algún lugar de la ría le llegaron los ánimos de la patrona de San Juan a sus pupilas. No se giró a comprobar dónde estaba la trainera en la que había remado hasta hacía apenas dos años, pero supo que iba por delante.

La iluminación de los últimos metros hacía del Nervión un auténtico río de luz. Leire se lo imaginó desde las alturas de Artxanda y sintió ganas de estar allí arriba, lejos del esfuerzo sobrehumano que estaba realizando. Solo un poco más. No podía defraudar a sus compañeras. Habían sido generosas al aceptarla en su equipo pese a que, a sus treinta y siete años, a muchas casi las doblaba en edad. Quería demostrarles que no se habían equivocado.

—¡Vamos! —insistió la que las comandaba—. ¡Vamos, joder!

El edificio neoclásico del ayuntamiento tomó forma en la orilla. La meta estaba junto a él, en el puente. Leire clavó con fuerza el remo y tiró de él con rabia. Un último esfuerzo. Tenían que ganar. La línea de llegada, dibujada en el agua por un láser rojo, estaba apenas dos traineras más adelante.

—¡Venga, hostia! —gritó la patrona.

Antes de que acabara sus palabras, los vítores de las tripulantes de la *Batelerak* les dijeron que era tarde. Por apenas unos segundos, Hibaika había quedado por detrás de San Juan.

Leire suspiró agotada y se dejó caer sobre sus rodillas. Jamás hasta entonces se había cansado tanto en una regata. Suerte que se había estrenado en las plácidas aguas del Nervión, pues aún no se veía con fuerzas de enfrentarse a las olas del Cantábrico.

—Hemos estado cerca —oyó comentar a una de las que se sentaban por delante.

Nadie respondió. El bullicio que las acompañaba había cesado de pronto. Leire alzó la cabeza para fijarse en la orilla. Era extraño. Nadie jaleaba ya a quienes llegaban detrás, nadie celebraba la victoria de la *Batelerak*. La ría había enmudecido. Tampoco el agua era ya el centro de las miradas. Unos alaridos apagados por la distancia las reclamaban hacia el parque de Etxebarria.

—¿Habéis visto eso? —preguntó la que compartía banco con Leire.

Una bola de fuego colgaba a media altura de la chimenea de ladrillo que se alzaba sobre la zona verde. Parecía una hoguera, una más de las muchas celebraciones de aquella noche en la que el deporte había convertido Bilbao en una gran fiesta. Sin embargo, la silueta que se adivinaba entre las llamas y sus espeluznantes lamentos no dejaban lugar a dudas. Tampoco el olor a carne quemada que flotaba sobre el Nervión.

Leire se estremeció. Aquello no era ninguna fiesta. Aquello era algo mucho más atroz. Bilbao, la ciudad que se había echado a la calle con ganas de celebrar, asistía sin palabras a una espantosa muerte en directo.

2

14 de junio de 2015, domingo

Los antiguos muelles, reconvertidos en paseos elegantes, que flanqueaban el Nervión habían enmudecido. Los gritos iniciales, las carreras precipitadas y el nerviosismo habían cedido el testigo a una compungida expectación. Era lo más parecido a un gigantesco velatorio al aire libre que Leire pudiera imaginar. La regata había pasado a un plano secundario que para nadie existía ya. Poco importaba que San Juan hubiera ganado o que algunas traineras aún no hubieran llegado a meta. Nadie se había retirado, solo algunas familias con niños pequeños a los que quisieron proteger de la dantesca escena. Porque de lo que nadie albergaba la más mínima duda era de que aquello era un macabro asesinato. Al principio, cuando el fuego todavía envolvía la vieja chimenea del parque de Etxebarria, quedaba un lugar para la esperanza. Sin embargo, en cuanto las llamas perdieron intensidad fue demasiado evidente que aquella figura ennegrecida era una persona.

Leire no se detuvo a despedirse de sus compañeras de Hibaika. En su mente solo estaba llegar cuanto antes al pie de la torre de ladrillo. Lo peor no era la grotesca visión del cadáver humeante, sino el olor que flotaba sobre la ría. Hedía a carne quemada.

A medida que la escritora se abría paso entre el gentío que abarrotaba los muelles del Arenal, las sirenas policiales resonaron con mayor intensidad. Las laderas del monte Artxanda, que se alzaba implacable tras el ayuntamiento y la plaza del Gas, las amplificaban. La ciudad estaba sobrecogida.

—Alto. No pasen. ¡Alto!

El cordón policial era aún precario. Los agentes intentaban cortar el acceso desde las escaleras que subían de la plaza del Gas y empujaban a los curiosos para alejarlos del cadáver. Leire intentaba acercarse lo más posible a la escena cuando vio por el rabillo del ojo que un ertzaina arrancaba un teléfono móvil de las manos de un joven que estaba junto a ella.

—¿Cómo tengo que decirte que dejes de grabar? —espetó el policía mostrándole la porra—. ¿Te parece normal tomar imágenes de algo así? —Después se dirigió hacia los demás. Había demasiadas manos alzadas con el teléfono—. ¡Vamos, aléjense de una vez y dejen de hacer fotos!

Leire intentó aprovechar el caos para acercarse al cadáver. A tan poca distancia, el olor era nauseabundo. Alzó la mirada y sintió un escalofrío. El rostro de la víctima resultaba irreconocible. Las llamas habían hecho un trabajo espantoso. El torso estaba al descubierto allí donde la ropa no se le había quedado aferrada y las costillas se dibujaban bajo una capa ennegrecida.

Los bomberos acababan de desplegar una larga escalera para acercarse al cuerpo. El primero en subir fue un sanitario que no se detuvo a mirar abajo conforme ascendía. Apenas tardó unos segundos en negar con la cabeza antes de descender. No había nada que hacer. Después fue un bombero el que subió para examinar las ligaduras y estudiar la forma de descolgar el cadáver una vez que el juez o el forense dictaminaran el levantamiento.

—Lo han izado con una polea —anunció estirando el brazo hacia la cuerda—. Está bastante dañada por el fuego. Espero que no se rompa.

—El otro extremo está aquí —corroboró uno de sus compañeros desde la base de la chimenea.

Leire observó que la víctima había sido alzada hasta media altura de la torreta de ladrillo, a unos quince metros del suelo, suficiente para que su asesinato pudiera presenciarse desde gran parte de la ciudad.

—¿Qué hace aquí? ¡Haga el favor de alejarse! —La escritora sintió que alguien la aferraba con fuerza por el brazo. Estaba tan ensimismada contemplando la escena que no había reparado en que los ertzainas habían terminado de establecer el cordón policial.

Mientras reculaba, alguien se acercó y le pasó la mano por la espalda.

—Vaya llegada a meta, ¿no? —la saludó Iñigo dándole dos besos y señalando el cadáver con un movimiento de cabeza. La agradable fragancia a cítricos que emanaba del profesor eclipsó el hedor por un momento—. Pensaba que te vería de rosa. Por eso no te localizaba en la trainera de San Juan. Haberme avisado de que habías fichado por Hibaika.

Leire bajó la mirada hacia su ropa. Con las prisas por llegar cuanto antes al escenario no había pasado por la furgoneta donde le esperaba el chándal del equipo. Se sintió ridícula con las mallas y la camiseta ajustada con las que había participado en la regata.

—Es brutal —dijo alzando la vista hacia la chimenea. Un ertzaina se había encaramado a lo alto de la escalera y tomaba fotos de la víctima—. ¿Habías visto alguna vez algo semejante?

Iñigo observó pensativo el cadáver. Leire lo imaginó recorriendo mentalmente sus muchos años como profesor de criminología y colaborador de la Policía Autónoma Vasca. A pesar de ello, no le sorprendió que negara con la cabeza.

—He visto de todo, la verdad, pero esto va más allá —reconoció frunciendo el ceño—. Es diabólico. Lo han izado y le han prendido fuego. La elección del lugar y de la hora tampoco parece fruto del azar. Quien haya hecho esta barbarie buscaba convertir el crimen en un espectáculo. Cuanta más gente lo viera, mejor. —Se detuvo pensativo. Es una advertencia.

Leire se giró hacia la ría. Dos infinitas filas de farolas flanqueaban el cauce, oculto parcialmente por los edificios más altos. Varios focos de fría luz blanca hacían cobrar vida a las gabarras que conformaban la meta de la regata. El parque de

Etxebarria se alzaba en una colina, un magnífico balcón natural asomado a la gran avenida fluvial que constituía el corazón de Bilbao. La chimenea de la vieja fábrica siderúrgica desmantelada no era una elección casual. Su ubicación, a la vista desde gran parte de la metrópoli, la convertía en el mejor escenario para un crimen implacable.

—¿Drogas? —aventuró Leire. Las mafias de narcotraficantes acostumbraban a estar detrás de asesinatos tan macabros, aunque no era algo que se viera habitualmente en Bilbao.

El profesor ladeó la cabeza, pensativo.

—¿Un ajuste de cuentas? Sí, podría ser.

Leire se llevó las manos a los brazos. Comenzaba a sentirse destemplada. El verano estaba a las puertas, pero las noches todavía eran frías. Su mirada reparó en las ambulancias que esperaban entre los jardines del parque. Siempre estaban en los escenarios, a pesar de que ya nada se pudiera hacer. De alguna forma, le vino a la cabeza el día que un cadáver apareció destripado a las puertas de su faro. También entonces era de noche y había ambulancias y cámaras de televisión. Porque al parque de Etxebarria también habían llegado las primeras unidades móviles. Sus antenas parabólicas destacaban sobre los vehículos de emergencias desplegados entre los jardines.

—¿Podemos descolgarlo? —preguntó uno de los bomberos a un hombre en mangas de camisa y extremadamente delgado que accedió a la zona acordonada.

—Un momento —pidió el recién llegado tomando varias fotografías del escenario con una cámara compacta. Después subió a la escalera y se acercó al cadáver.

—Es Egaña, el forense —explicó Iñigo—. El año pasado casi se mata en la Bilbao-Bilbao. Una moto de asistencia lo arrolló bajando el puerto de Urkiola. No creo que vuelva a tocar la bici. Parece demasiado serio, pero es un buen tipo.

Mientras bajaban el cadáver, Leire echó de menos su teléfono móvil. Había sido una precipitada por no acercarse a la furgoneta del equipo a por su ropa.

—¿Tienes el número de Ane Cestero? —le preguntó a Iñigo, que negó con la cabeza.

—¿Para qué lo quieres? ¿Esa no trabaja en Gipuzkoa?

La escritora tardó en contestar. El forense cerraba la cremallera de la enorme bolsa negra, que bañaban de luz los potentes focos de las cámaras.

—Cestero es muy buena. Este es un caso para ella —apuntó Leire con la mirada fija en el coche de la funeraria, al que varios ertzainas abrían paso empujando a los curiosos que se agolpaban sobre los jardines.

—Hay muchos ertzainas buenos —replicó Iñigo.

—No como ella —insistió la escritora. Aún recordaba aquel disparo en el faro.

El profesor se encogió de hombros con gesto condescendiente.

—Estás helada —le dijo quitándose la chaqueta y ofreciéndosela. Leire no pudo evitar un escalofrío al sentir el calor sobre sus brazos desnudos—. ¿Vienes a cenar a casa?

—Ya sabes que me espera mi hermana... Mierda, ni siquiera le he avisado de que voy más tarde. ¿Qué hora es?

—Puedes quedarte hoy en mi casa —insistió Iñigo—. Mañana madrugo para ir a la facultad. Te levantas conmigo y te vas para Getxo.

Leire creyó atisbar una incitadora sonrisa en los hermosos labios de quien había sido su pareja durante gran parte de la carrera, el hombre diez años mayor de quien había estado perdidamente enamorada. Tanto que tardó demasiado en admitir lo que para todos era demasiado evidente: Iñigo, su profesor de criminología, era un hedonista más interesado por encandilar a cuantas estudiantes pudiera que por su relación con ella.

—No. Mi hermana me espera —mintió. En realidad pensaba en Iñaki. Él sí que la esperaba en Pasaia. Ojalá el profesor la hubiera esperado así, aunque solo fuera un día de los muchos que pasó con él.

—Pero... —Iñigo no estaba dispuesto a tirar la toalla tan fácilmente. Sus ojos negros brillaban con intensidad a la espera de una respuesta afirmativa. Las canas habían comenzado a adueñarse de los costados de su abundante mata de

cabello castaño, algo que Leire intuía que sería especialmente doloroso para alguien tan narcisista como él. Tampoco se sentiría a gusto al verse en el espejo las profundas marcas de expresión que su obsesión por lucir siempre un bronceado perfecto le había regalado. A pesar de ello, y a sus cuarenta y seis años, seguía siendo atractivo.

—No, de verdad que no puedo —sentenció la escritora soltándose la goma de pelo para recogerse de nuevo una coleta que el remo y las prisas habían dejado maltrecha.

La marcha del coche fúnebre vació de curiosos el parque. En el escenario no había mucho más que ver. Solo ertzainas tomando fotos y peinando los alrededores de la chimenea con sus linternas.

—Poco más podemos hacer aquí —murmuró Iñigo corroborando lo que pasaba por la cabeza de la escritora.

Leire asintió. Habría que esperar a la autopsia y a conocer la identidad de la víctima si querían comenzar a entender lo que había ocurrido esa noche ante los ojos de una ciudad a la que iba costarle conciliar el sueño.